

EL NAIPE FAVORITO, uno de los artículos publicados por el ecijano Benito Mas y Prat en ***LA ILUSTRACION ARTISTICA***, del ***día 3 de Agosto de 1885***.

Marzo 2019
Ramón Freire Gálvez

No sé si la historia que contó nuestro paisano Mas y Prat en la publicación semanal citada, era verdadera o producto de su imaginación, pero desmenuzando durante su lectura el contenido de la misma, no me extrañaría que fuese un hecho real y que, al vivirlo o conocerlo, le diese pie a novelarlo con dicho relato.

De todas formas, fuere como fuere, merece la pena, dentro de mi idea de rescatar los máximos artículos posibles de dicho escritor, darlo a conocer, lo que hago por medio de este capítulo:

"EL NAIPE FAVORITO.

Mi amigo Lázaro era uno de esos hombres capaces, como Newton, de olvidarse de la sucesión de los platos en sus comidas cotidianas, o de permanecer, como los Hesychiastas, embebecido en la contemplación de un punto dado por los siglos de los siglos.

Sin padre ni madre a la sazón, viviendo bajo la férula de un su tío, prebendado viejo y gotoso, y de su ama de llaves, arisca y gazmoña, había pasado los primeros años de su existencia en un triste y solitario caserón cuyos sombríos pasadizos apenas se cubrían de sol al medio día o de vergonzantes rayos de luna por las noches.



Redújose su niñez a aprender la lengua del Lacio, a repasar el Kempis y a tocar el melodium después de rezar las oraciones. Solo los días feriados en que solía ocupar el pulpito su reverencia, era permitido al buen Lázaro ya una joven maritornes, doncella —de la casa— de cara ancha como una sota de bastos y de labios encendidos como guindas, pasar de la casa al templo, y acompañar a doña Úrsula al convento cercano, en cuyo locutorio eran tratados a cuerpo de rey por las reverendas madres Descalzas.

El carácter de Lázaro, a quien conocí en esta época por haberle cedido más de una vez mi asiento en la portería de la Madre de Dios, corría parejas con su traje y con sus costumbres; hablaba poco, solía contar con los ojos los recuadros del techo y sus sonrisas parecían, de ordinario, dolorosas muecas. Los chicos que jugaban a la tangana en el porche le llamaban el *Cirineo*, y cuando Lázaro se detenía a contemplarlos, apoyándose en el catrecillo de doña Úrsula que llevaba siempre pendiente del brazo, burlabanse de él haciéndole ese gesto expresivo que consiste en colocar el dedo pulgar de la mano izquierda sobre la punta de la nariz, unir el de la derecha al meñique y mover los restantes rápidamente.

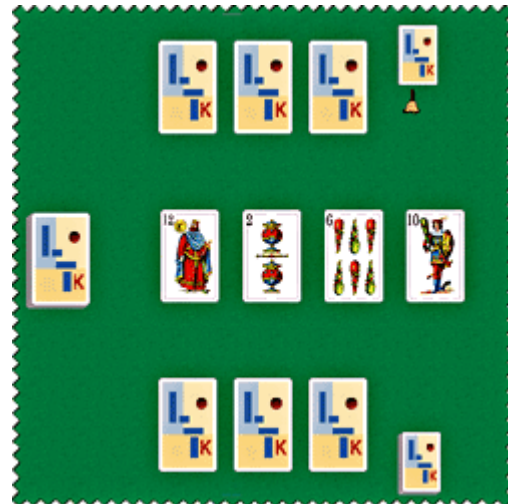
La existencia de Lázaro, semejante al doble de una campana que toca a muerto, tenía el tiempo medido y el espacio marcado; si alguna vez quiso dar la vuelta completa bajo el arco, se lo impidió el doble cáñamo que oprimía sus brazos.

Doña Úrsula jamás le permitió el toque a gloria.

II.

Los vicios, las pasiones, hasta los honestos divertimientos mundanos, existían para mi amigo personificados, no ya en el Satanás de Milton, hermoso y terrible a la vez, como el sol eclipsado, sino en el Lucifer de Dante, de triples fauces y alas de murciélago; los dulces éxtasis del amor y las delicias de la libertad llegaban a él a través de las llamas del purgatorio, en el *Novenario de las benditas animas* que leía su tío en las tristes noches de noviembre.

En aquel cielo siempre nublado solo se abría un pequeño resquicio azul. Este resquicio, este punto luminoso que limitaba, sin embargo, las tinieblas, era *Una mano de béciga*, que se le permitía echar con la única doncella de la casa, mientras doña Úrsula preparaba su colación al Padre; colación que consistía frecuentemente en un par de huevos pasados por agua y en un enorme cangilón de chocolate.



Más de una vez hubo de levantar escrúpulos en la conciencia de mi amigo, según me confeso después de estos sucesos, la intranquilidad que sentía cuando una circunstancia imprevista le privaba de su distracción favorita. En efecto, si aquello no era una pasión, tenía, por lo menos, todas las apariencias de un hábito pecaminoso.

Una extraña circunstancia venía a dar voz y cuerpo a las cavilaciones de mi amigo; Marta, que así se llamaba la rolliza doncella, tenía la costumbre original de besar los *comodines* cada vez que hacía béciga, *bacigoto* o cuatro

cosas y de envolver al joven en una de sus incitadoras miradas siempre que se apuntaba más de seis tantos. Desde entonces comenzaron los siete a ser para Lázaro objeto de predilección, y hubo de oscularlos frecuentemente.

Una noche daba Marta las cartas; entraban por las destartaladas ventanas de la cocina los primeros efluvios de la primavera y solo turbaban el silencio nocturno, el crujir de los naipes entre las manos de la joven y el hervir vividor del agua que borboritaba en la chimenea.

¿Apostamos un beso al comodín de oros? se atrevió a decir Lázaro, mirando tímidamente hacia la puerta del comedor, por la cual había desaparecido doña Úrsula.



Marta no contesto; pero sus mejillas se enrojecieron más aún que lo estaban de ordinario, cuando se acercaba a la hornilla, y miro también hacia la puerta.

Dieronse las seis cartas primeras; en las pupilas de Lázaro parecía lucir una chispa más brillante que las que escapaban del carbón que se consumía en el hogar; un estallido suave y penetrante al mismo tiempo, se unió al rumor del agua que borboritaba y poco después mi amigo arrojaba los naipes sobre la mesa huyendo como alma que lleva el demonio.

Marta le había dado dos ases y un siete. Una gran desgracia ocurrió pocos meses después de estos íntimos sucesos. El prebendado cayó gravemente enfermo y los cuidados de la buena de doña Úrsula y las recetas alopáticas y homeopáticas se concertaron en vano para librar al enfermo de las garras de la muerte.

Lázaro y Marta no dejaron, sin embargo, de jugar a la béciga durante las horas de vela, ni de esperar temblando la salida de los comodines. Cuando el moribundo llamo al joven para darle el último beso, el fuego de los labios de su sobrino coloreo por un momento los suyos fríos y color de violeta.

¡Adiós hijo mío! díjole el moribundo con voz fatigosa, he procurado que no turbe tu espíritu ningún vicio mundano y que tu juventud se deslice por la senda de la continencia y de la santidad. ¡Muero tranquilo!

Estas palabras hicieron brotar las lágrimas de los ojos del joven que abrió su libro de oraciones para ocultar al moribundo su profunda emoción; pero al fijar sus pupilas en el breviario, volvió a separarlas horrorizado.

Servíale de registro el comodín de oros que inadvertidamente había quitado de la baraja.

III.

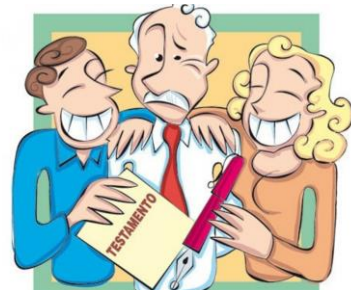
Los que conocían la historia de Lázaro me contaron que al morir su tío viose preso en las garras de doña Úrsula, la que, si no era su madre, hubiera podido serlo. Débil, sin voluntad propia, sumiso a la menor insinuación como un doctrino, a pesar de sus veinticinco primaveras, se acostaba a las oraciones y solo se permitía dar un pequeño paseo los días festivos. En aquella existencia igual y monótona no había brotado un ideal noble ni una verdadera pasión; solo una costumbre, un hábito, una afición cándida y poco pecaminosa seguía pertinaz y latente en las penumbras de aquel existir incompleto; la mano de béciga con Marta antes de entregarse al sueño.

Pocas semanas después murió Úrsula de una pulmonía fulminante. Huyó al otro mundo de un *vuelo* para reunirse con el prebendado, como decía con cierto gracejo la Priora de las Carmelitas que era una monja que hacía frases, versos y angelitos de cera. Lázaro, al separarse de su *madrina*, se encontró sin ningún ser querido en la tierra. Solo como un hongo, sin idea perfecta de lo que se agitaba en torno suyo, sin pasiones ni deseos, flotaba cual flota un casco de lancha sobre las olas de un mar tranquilo.

Cuando volvió del cementerio donde dejara el cadáver de doña Úrsula, parecióle el destartado caserón un encierro sombrío. Marta cantaba tranquilamente en la cocina sus canciones estafalarias, y en el comedor, cerca del hogar, se veían los naipes y la bayeta verde; única nota alegre en aquella mazmorra grande y helada.

Consolose después, al considerar que desde aquel punto podría vivir a sus anchas. La iglesia estaba cerca y el oratorio del canónigo le pertenecía de derecho. Rezará cómodamente sus oraciones y luego que repasara el Kempis y los misterios o martirios del santo del día, jugará con Marta a la béciga, sin temer importunas interrupciones.

Leyó los pliegos testamentarios. Era rico, inmensamente rico, a juzgar por lo que de sus cláusulas se desprendía; en la alacena de la biblioteca se hallaban apilados, con notable esmero, muchos centenares de antiguas monedas de oro, y en un extremo, sobre una biblia, varios legajos conteniendo títulos de predios rústicos enclavados en el cogollo de Andalucía.



¿Qué hacer con tamaña fortuna? Lázaro pensó en dotar varios conventos y en levantar una iglesia en la cual pudiera establecer el panteón familiar, que el ocuparía cuando Dios fuese servido de llamarle a su seno. El mundo, el demonio y la carne se burlarían de él de lo lindo si tratase de invertirla de otro modo; y en cuanto a darla de limosna, no lo creía necesario toda vez que su tío consideraba el estado de pobreza como el más apropiado para acercarse a la cristiana perfección.

Nueve días pasó encerrado en aquella casa solitaria, servido por Marta que se había convertido en ama de llaves y que jugaba con Lázaro sin interrupción hasta las altas horas de la noche. El décimo, después de oír misa, sentose en el porche de las Trinitarias a echar un párrafo con el sacristán del convento, hombre que siempre que oía campanas sabía donde repicaban y que, aparte de su afición a los libros de cuarenta y ocho hojas, no tenía vicios conocidos.

Y bien, señor Lázaro, díjole este hombrecillo, decidor y alegre como las esquillillas del coro, ¿qué os hacéis? ¿en que pasáis las horas? ¿qué es de vuestra vida desde la muerte del señor y de la señora?

Lázaro quedo admirado de la pregunta; a su juicio nada había que hacer más de lo que él hacía cuotidianamente. ¡Pues ya lo veis, repuso entre contrariado y confuso, vengo de San Pablo y voy a las Trinitarias!

El sacristán meditó cachazudamente y dijo con indiferencia:

Muy cerca de allí pase yo la noche... dos picaros sietes...

Lázaro abrió extremadamente los ojos: ¿dos picaros sietes? ¿Por qué llamaba el sacristán picaros a los sietes cuando eran para el las cartas más bonitas de la baraja?

Indagando con mucho cuidado qué sabía de los sietes el sacristán de las



Trinitarias, llevo a comprender que la béciga era un juego anticuado y mal visto y que había pequeñas reuniones de amigos en las que se pasaba agradablemente el rato, jugando a otro juego de naipes sencillo e inofensivo, en el cual podían escogerse los sietes sin peligro, con tal de

que no vinieran primero las cartas contrarias.

IV.

Como Lázaro se había propuesto no faltar en lo más mínimo a lo que su tía le había preceptuado, antes de decidirse a jugar un rato con los amigos del sacristán consultó varias autoridades; mas no hallando texto sagrado que se opusiese a tan sencillo deseo, suplico al señor Cosme, que así se llamaba el

tentador, que le llevara consigo, a condición de no llamar picaras a sus cartas favoritas.

Aquella misma noche, después del toque de oraciones, entraban Cosme y Lázaro en un garito *decente*, situado en un chiribitil de la calle Sal-si-puedes.

Imposible sería relatar el efecto que causo en Lázaro aquella reunión heterogénea de seres agrupados en torno del tapete verde, donde se amontonaba el dinero, y producían los naipes un ruido suave y cadencioso. El, que no conocía otros efectos de luz que los de las lámparas ante los altares y los de los cirios que se apagan poco a poco en el tenebrario, contempló embebecido aquellos semblantes iluminados por el gran quinqué central y en cuyas líneas se expresaban todos los movimientos de una pasión absorbente y dominadora.

Para un jugador de béciga, el monte debe ser un prodigio de sencillez y donosura. Lázaro lo confeso así, al comprender que podía optar por cualquiera de los cuatro naipes que se hallaban sobre la mesa. A las cuatro tallas apareció, en el albur, el primer siete, y Lázaro, ruboroso y tímido como una doncella que corta flores en jardín ajeno, abrióse paso entre los *mirones* y puso un duro, que sacó temblando del bolsillo de su chaleco.



La *suya vino en puerta*, es decir, que otro siete apareció al volver la baraja, con gran contentamiento de los puntos, que esta vez dieron a la banca un buen pellizco. Los sietes y las puestas del joven se repitieron por cinco veces consecutivas y Lázaro fue al poco tiempo el héroe del garito, logrando reunir ante sí un soberbio montón de centines de oro.

La sesión fue completa; Lázaro desbancó tres veces y salió casi en triunfo del *salón de sesiones*, cuando, como dicen los poetas, la aurora abría con sus dedos de rosa las ventanas del cielo.

Inútil es decir que en aquella primera sesión se hizo consumado maestro. Admiraba a Cosme la penetración del joven para comprender sus insinuaciones, y vio con sorpresa que distinguía ya sin esfuerzo la *judía* de la *contrajudía*, el *elijan* del *entrés* y el *albur* del *gallo*.

La circunstancia de haberse levantado al día siguiente después de haber pasado la hora de misa mayor, decía bien a las claras que Lázaro se había transformado por completo. Sin duda, las emociones de que su existencia estaba desprovista se le habían ofrecido en apretado haz durante aquella noche de insomnio. La vida, pues, era algo más que la misa cotidiana, los sermones

de tres horas y los diálogos del locutorio; la béciga solo tenía de ventaja sobre el juego aprendido la última noche, las voluptuosidades de Marta que aún le entretenían de vez en cuando.

No podía explicarse por qué deseaba el dinero y sin embargo sentía esa fiebre pertinaz del jugador de oficio que pierde y gana; los mil rumores del garito resonaban para él más dulcemente que los coros de vírgenes en las solemnidades del mes de mayo, y al recordar que había de hallarse otra vez colocando junto a un siete un brillante caño de monedas de oro, sentía el inexplicable espeluzno del deleite.

Vino la noche y volvió de nuevo al garito, en compañía del sacristán, después de rezar su acostumbrada parte de rosario; la suerte también le fue favorable y al retirarse a su casa a la del alba, con los ojos ardientes y la bolsa repleta, se durmió sin persignarse con la tranquilidad de los justos.

Refiriome el sacristán Cosme, que Lázaro llegó a ser tan asiduo jugador que olvido poco a poco hasta la novena de Animas, que era, según parece, su fiesta religiosa favorita. Marta lograba detenerlo algunos instantes después del almuerzo; pero ni aun dándole bacigotes y cuatro cosas, pudo reanudar aquellas tranquilas veladas de la época del prebendado.



V.

Toda la actividad de Lázaro se había concentrado en el tapete. Las emociones que le proporcionaba una apuesta ganada o perdida eran para él las variantes de la existencia y como no conocía otros deliquios ni otros divertimientos, creía encontrarse en la plenitud de los goces cuando tomaba plaza en una banca animada, fuerte y generosa.

Ya no fueron solo las noches las que dedico a su afición favorita; las tardes y las mañanas se pasaron en el garito hora tras hora, y cuando pálido y tembloroso entraba en su antiguo solar para restaurar sus fuerzas o sus bolsillos, solía encontrarse seca la pileta del agua bendita y lleno de polvo el novenario.

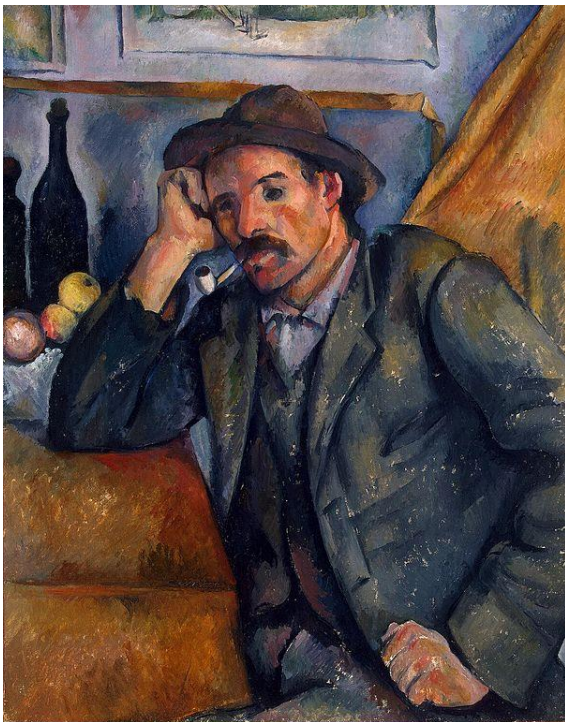
Una noche de horrorosa pérdida se decidió a entregarse a la orgía con otros compañeros de infortunio. Aquella nueva revelación del abismo mundano determino una nueva etapa en la existencia de Lázaro; el jamaica fue su recurso de última hora y su camarada inseparable en los días de mal naipe.

Causaba lastima ver a aquel joven pálido y ojeroso en cuyo rostro solo había líneas duras y estatuarias, apurando las anchas copas del ardiente líquido y pasando del garito a la taberna con la misma facilidad que pasara del

presbiterio al locutorio. Conocido en todas las casas de juego por su afición a los sietes, solían *tirarle el pego* de vez en cuando; sin embargo, él hubiera puesto a un siete su salvación eterna aunque le tallara el mismo diablo.

Pocos meses después de estos sucesos Lázaro había perdido toda su fortuna y era lo que se llama vulgarmente un tahúr de historia.

Incapaz de conocer esas puras afecciones que hace nacer el hogar doméstico y que la verdadera educación fomenta, débil y asustadizo cuando no se hallaba ante el tapete rebotante de oro o la enloquecedora copa de ron, Lázaro había llegado, sin darse cuenta de ello, a la última de las degradaciones. Vivía con Marta en infamante contubernio y cuando, después de una *sesión* desgraciada, penetraba en aquella casa siempre fría y severa como un convento abandonado, las escenas más escandalosas y soeces se representaban entre ambos.



La salud del joven, que había vivido siempre enteco, y crecido como arbolillo sin jugo, comenzó a resentirse visiblemente con aquella vida sedentaria a la vez que depravada y monótona, y llegó el caso de tener que ir a sus correrías del brazo de Cosme, el cual, consecuente compañero de fatigas, le conducía cerca del tapete y le sentaba como a un niño en la mesa de juego. Lázaro, al oír el crujido de los naipes y ver aparecer los sietes, sus cartas favoritas, se animaba como si apurase un bálsamo restaurador y volvía a ser el *punto* infatigable de siempre. Hubo días en los que llegó a su casa sin necesidad de cirineo.

Cierta noche, Lázaro, conducido por Cosme, tomaba asiento en una soberbia partida. Aunque los días anteriores se había visto postrado en el lecho, hallábase, al parecer, mejor que nunca; la fortuna, esa *prostituta caprichosa*, al decir de Shakespeare, estaba a su lado decididamente. El tísico de los sietes, como le llamaban *sotto voce* sus compañeros de garito, hacía prodigios; sus ojos brillaban como luciérnagas en un campo de violetas y solo de vez en cuando, llevabase el pañuelo a la boca para contener un importuno esputo de sangre.

La atención de la partida estaba fija en él y en el banquero que tallaba a la sazón el postrer ciento de onzas; era un duelo interesantísimo, en el cual había resonado ya por tres veces, de una manera lúgubre para el contrario de Lázaro, la embriagadora palabra: *¡iCopo!!*.

Iba a repetirse esta frase de los waterloos del tapete, cuando un individuo, vestido de negro y de mefistofélico aspecto, se abrió paso entre el grupo de *mirones* y sacando un grueso fajo de billetes de banco y colocándolos junto al que tallaba, dijo sencillamente: ¡Señores, abonado...!

Aquel «abonado» era un reto y una amenaza a las inmensas riquezas que el *tísico* tenía delante. Lázaro palideció más aún, mordiendo el pañuelo para contener otro esputo de sangre, mientras que el banquero dejaba un as y un siete sobre la mesa, exclamando con tranquilidad homérica:

¡No hay gallo!...

Los jugadores contuvieron el aliento. Aquella masa de cabezas heterogéneas parecían pertenecer a una galería de figuras de cera; el vuelo de un lepidóptero, que hubiese tratado de abrasarse en la llama del quinqué, habría turbado aquel silencio sin nombre. Hubo un momento de estupor general; la mirada de Lázaro se animó de extraño modo y empujando hacia la carta tentadora el montón de oro y billetes que tenía ante sí y que representaba la fortuna de cien desdichados que habían vaciado allí sus bolsillos, balbuceo con ansiedad suprema:

¡El resto al siete...!

Sucede en esta clase de juego que las cartas están *hondas*, o lo que es lo mismo, que tardan siglos para los que las esperan casi sin respirar y con el corazón palpitante. El roce de las cartas que saltaban entre los dedos del banquero producía espeluznos; aquella baraja parecía no tener ases ni sietes.

Lázaro, palpitante el pecho, lúcida la mirada, crispados los puños, entreabierta la boca, tras cuyos pálidos labios asomaba el blanco mate de sus dientes manchados de sangre, veía pasar los naipes uno tras otro demostrando con su suspirar anheloso la inmensa fatiga que le aquejaba.

Parecía un espectro, hubierase dicho que vivía por virtud de algún filtro diabólico y misterioso. Aparecieron doses y treses, cuatros y cincos, sotas y caballos con sus pintados jinetes y sus apuestas cabalgaduras; pero como todo fenece en el mundo, acabo la intranquilidad de los *puntos* llegando aquel en que había de decidirse la suerte, y apareció el as de bastos, semejante a un reptil verde con manchas rojas.

Un grito indescriptible partió de todas aquellas bocas encendidas y descompuestas, y un cuerpo muerto cayó pesadamente sobre la mesa produciendo ruido estremecedor y dantesco. Era el de Lázaro, que víctima de inesperado accidente producido por la terrible sensación que acababa de experimentar, había quedado exánime, presentando a los asombrados ojos del concurso una cabeza inmóvil reposando sobre sanguinolentas babas en la verdosa almohada del tapete.

La confusión que se produjo en la sala fue terrible. Sacudieron aquel bulto inerte y procuraron volverle a la vida; empeño inútil; ni aun fue preciso utilizar los servicios de Cosme para facilitarle los últimos sacramentos.

La suerte estaba echada, recogieron los montones de oro de la banca para poder avisar al juez del distrito, y Cosme, casi con las lágrimas en los ojos, hizo una piadosa colecta entre los asistentes para atender al entierro de aquel héroe de timba muerto como bueno en el campo de batalla.

Apenas pudo reunirse para costear la misa y un féretro viejo; al amanecer del día siguiente, previas las oportunas diligencias, Lázaro reposaba en la gran zanja y Cosme decía a Marta que recogía tarareando los despojos del muerto en la gran casa solitaria:

Ya lo ves, Marta; ¡el comodín de copas se ha llevado al otro barrio a tu señorito!

VI.

Pocos meses después de estos sucesos, varios jugadores *pur sang* departían amigablemente en el rincón más oscuro de una taberna y recordaban la historia de Lázaro muerto sobre el tapete y en el punto mismo de perder la *puesta* colosal y decisiva que esperaba ganar en una de sus cartas favoritas.

¡Tan arraigados tenía sus vicios y preocupaciones, decía el antiguo compañero del *tísico* tomando un sorbo de ron quemado con azúcar, que si esta noche fuéramos a invitarle a una partida de empeño, habría de levantarse a apuntar el primer siete!

Un coro de carcajadas recibió la chistosa afirmación del que hablaba, y tres botellas más de ron se bebieron a la memoria de Lázaro, el que fue príncipe de los gariteros.

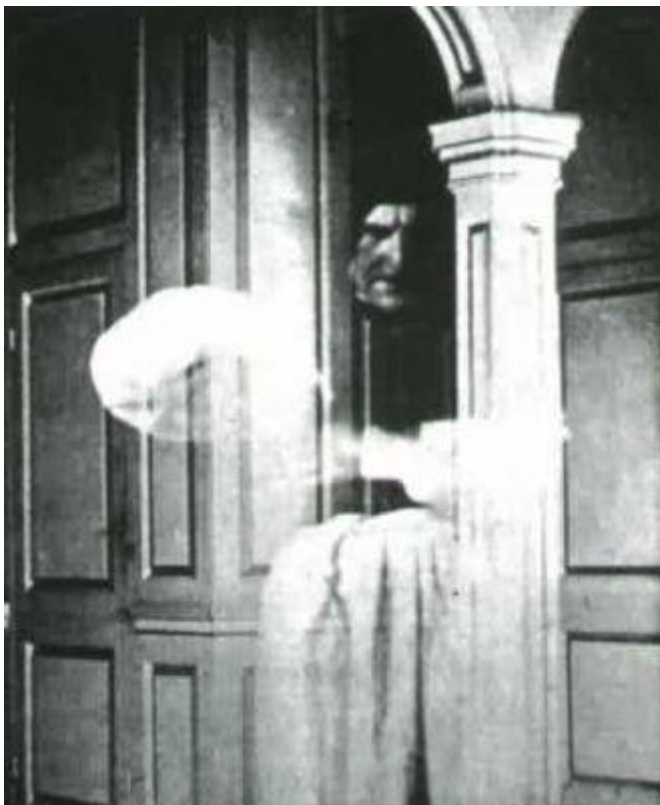
Vamos, déjate de bromas con los muertos, exclamo uno de los timberos, que era, al parecer, hombre timorato.

¿Se talla o no se talla? repuso con impaciencia un tercero que procuraba sin duda ser emulo del héroe de que se trataba.

El que habló antes insistió riendo en su extravagante afirmación, y tanto hubo de traerla a cuento, que uno de los interlocutores la tomó por lo serio y propuso ir a tallar cien duros al cementerio donde reposaban los restos de Lázaro.

La ocasión no podía ser más propicia; los jugadores, perseguidos por las autoridades, buscaban los sitios más retirados y ocultos para entregarse a su afición favorita, y el pabellón de disecciones del campo santo solía ofrecerles seguro asilo muchas veces.

El último trago decidió a los tahúres a emprender la fantástica peregrinación. Sonaba el toque de ánimas cuando *la partida*, aumentada con cuatro *puntos* cogidos al paso, llegaba a la verja del cementerio y daba el santo y seña al guardián de los muertos.



Chirrió el gran cerrojo, entró la partida y el que había de poner la banca se dirigió a una pequeña explanada circuida de altos cipreses en cuyo centro se levantaba una mesa de mármol alumbrada por un farolillo pendiente de una cruz de hierro. Era la mesa de los depósitos judiciales, en la cual podían tenderse los naipes, aunque con alguna dificultad a causa de la lisura de su tablero de piedra.

¡Juego, señores! exclamo el banquero, echando las primeras cartas.

El naipe favorito no se presentó, como tuvo ocasión de

observar el que tallaba, pero no hay la menor duda de que todos sintieron cierto terror supersticioso.

¡Huyamos de aquí! dijo el más joven del concurso, que había perdido en las tres tallas y no se hallaba tranquilo en la mansión de la muerte.

No hubo tiempo de replicarle; cayó un siete sobre la piedra y un ruido de tablas rotas y pasos huecos vino a llenar de terror a los jugadores. La luz del farolillo chisporroteó tristemente y un bulto blanco, envuelto en largo sudario, se abrió paso por entre los arbustos, llegando a la mesa y colocando en ella su mano, cuyos descarnados dedos produjeron ese roce espeluznante de la uña sobre el cristal y del mármol bajo la cera.

Dos de los jugadores cayeron desplomados al suelo, mientras otros dos, más precavidos y valerosos, descargaron sus revolvers sobre el fantasma que desapareció incontinenti.

Ninguno de los que asistieron a esta fantástica partida pudo darse cuenta de lo que después sucediera, ni convencerse, jamás, de si el hecho fue punzante burla o realidad pavorosa; mas, comentando el hecho al día siguiente, hubo quien dijo, dispuesto a no volver a las andadas y con firme propósito de enmienda:

¡Ello es que hay vicios y preocupaciones capaces de levantar a los muertos!

BENITO MAS Y PRAT"

Como decía al principio, no me extrañaría que el relato que hizo nuestro famoso escritor, estuviese basado en hechos reales, pues no eran pocas las personas que, en aquella época, se dedicaban más tiempo del debido al juego de las cartas y fue más de uno, el que se arruinó con ello, pues había quien se jugaba hasta la vida; fuere como fuere, real o imaginario, la calidad del relato no deja lugar a duda.